

Cambiar la Educación para Cambiar el Mundo

Claudio Naranjo

1.- La promesa de una civilización moribunda

El patriarcado es una creación histórica de hombres y mujeres que se formó a través de un proceso de unos 2.500 años de duración. En su forma más temprana, apareció como el estado arcaico. La unidad básica de su organización fue la familia patriarcal, que tanto expresó como generó paso a paso sus reglas y valores.

Gerda Lerner, *La creación del Patriarcado*

Vista de cerca, la conquista del mundo no es una bella cosa.

Joseph Conrad

Cuanto más se ha sometido el hombre a normas colectivas, tanto más ha aumentado su inmoralidad individual.

Carl Jung

Mucho se ha hablado de "nuestro momento histórico" a fines del milenio, ya sea con un ánimo catastrófico o con un entusiasmo milenarista, y es difícil desconocer la relevancia de la visión apocalíptica en nuestro tiempo –pues aunque no hay duda de que asistimos a la crisis de una cultura milenaria que parece encaminada hacia el colapso, es también sano albergar cierto optimismo, nacido de la esperanza y de la fe en el destino humano.

Ya Marx escribió acerca de cómo las contradicciones internas del capitalismo llevarían a la crisis de un sistema social intrínsecamente explotador. Pero es sólo más recientemente que nos damos cuenta de que nuestra sociedad está efectivamente en crisis, y no tanto por una quiebra económica o financiera, por ahora, sino como resultado de la explotación de la naturaleza.

Fue el informe para el Club de Roma del Stanford Research Institute titulado "Límites del Crecimiento" el que por primera vez puso en claro que estamos en peligro de extinguirnos, del mismo modo que les sucedió a los dinosaurios millones de años atrás, a consecuencia de nuestra inflexibilidad; y aunque haya académicos que arguyan que las

predicciones de entonces no se han cumplido, ello no es exacto, y asociamos al Club de Roma la más lúcida visión de lo que podríamos llamar nuestra problemática objetiva. Digo “problemática objetiva” para distinguirla de la problemática psico-espiritual (a mi juicio subyacente) que será mi tema, y al emplear el término “problemática” lo hago (tal como el Club de Roma lo hace) en referencia a un conjunto de problemas interrelacionados de tal manera que su solución aislada, huyendo de los especialistas, exige un abordaje sistémico –pues lo que es beneficioso para solucionar un problema, acaba dificultando la solución de otro.

La Enciclopedia de Problemas y Recursos Humanos, publicada años atrás por Humanité 2001 en Bélgica, enumera más de ocho mil problemas, pero es claro que muchos de ellos son antiguos. Entre los nuevos cabe destacar especialmente tres, comenzando por la sobre-población. Podríamos decir que la superpoblación no sólo torna más presentes, sino más graves los problemas antiguos: somos tantos ya que no podemos seguir viviendo de la misma manera. Tenemos muchos vicios que antes pasaban inadvertidos. Así, por ejemplo, en otro tiempo se podía arrojar la basura un poco “más allá”, pero ya no se puede, pues ya no hay un más allá. Se está pensando en llevar desechos radioactivos al espacio, pues aquí en la Tierra estamos entre vecinos cada vez más próximos y estrechos. También había siempre un lugar más allá que conquistar, y ello permitía que se manifestase esa sed de conquista tan propia de nuestra civilización –que Toynbee llamó Fáustica en implícita alusión a la última escena del Fausto de Goethe. En ella Fausto se siente un benefactor de la humanidad cuando con la ayuda de Mefistófeles se empeña en construir diques que le permiten quitarle tierras al mar.

Una segunda situación nueva (también evocada por la citada escena de Fausto) es la del progreso tecnológico, que, como la sobrepoblación, amplifica y hace insostenibles muchas actitudes características que se expresan en nuestra forma de vida colectiva desde el comienzo mismo de las civilizaciones. No se trata sólo del agotamiento de los recursos naturales no renovables y del peligro de autodestrucción bélica: estamos interfiriendo con el equilibrio de la naturaleza de tal manera que asistimos a la desaparición de los bosques y al envenenamiento del plancton marino del que depende principalmente la renovación del oxígeno que respiramos, y nos amenaza un calentamiento gradual de la atmósfera por la acumulación del anhídrido carbónico. Ello, a su vez, tendría por consecuencia un derretimiento de los hielos polares y la inundación de grandes sectores del mundo habitado –comenzando por los puertos.

A ello se suma la progresiva destrucción del ozono que nos protege de la radiación ultravioleta solar, lo que no sólo contribuye al calentamiento, sino que origina niveles letales de tal radiación. Si además consideramos las especies animales que desaparecen cada día, no podemos dejar de sentir inquietud por el resultado de la constante interferencia humana con la compleja diversidad de la vida, especialmente cuando constatamos que los fenómenos que al parecer llevaron a la extinción masiva de distintas especies en otras eras geológicas son de naturaleza comparable.

Un tercer factor problemático eminentemente moderno es el efecto que las empresas transnacionales y las grandes acumulaciones de dinero están teniendo sobre los gobiernos y organizaciones no gubernamentales –con sus respectivas iniciativas. Estamos en un mundo crecientemente regido por criterios puramente económicos, mientras que en tiempos antiguos la política tenía por lo menos la aspiración de servir a otros valores. Es cierto que ha corrido mucha sangre por causa de diversos nacionalismos y pudiera

inspirar optimismo la superación de un mundo dividido en estados soberanos, pero no son sólo los estados soberanos los que se ven amenazados en su libre determinación: el mundo entero parece transformarse en un mero mercado de trabajo y productos en el que necesidades humanas y valores culturales que hemos considerado universales van siendo progresivamente aplastados. Cito unas elocuentes líneas del informe acerca de la pobreza en el mundo que hace pocos años apareció entre las Guías Prácticas de la editorial Aguilar:

Se desarrollan nuevas formas de control de la economía mundial y del sometimiento de los pueblos, planificadas por las grandes multinacionales, las naciones más poderosas del mundo y por ciertos organismos internacionales. Crece cada vez más la distancia entre el Norte y el Sur. Sólo unos pocos controlan la ciencia y la tecnología. Se concentra y centraliza el poder económico, financiero, comercial, tecnológico, político y militar en muy pocas manos.

Frente a estos cambios, una inmensa cantidad de hombres y mujeres que pueblan la Tierra contemplan su presente y su futuro más inmediato sin ninguna esperanza. Ha aumentado la pobreza y el hambre en el mundo. Ha aumentado la exclusión de la mayoría de la población en la toma de decisiones sobre su vida y su futuro. Ha decrecido el acceso a lo más básico: la propiedad, la tierra, el uso de bienes, los avances técnicos, la salud, la educación.

Se han impuesto modelos de organización política, económica y sociocultural, destinados a romper la cultura propia de las comunidades, y a crear una absoluta dependencia y servidumbre de los más fuertes, a la espera de no se sabe qué futuro. El Informe de las Naciones Unidas (ONU), “Desarrollo Humano 1994”, confirma que, mientras la diferencia entre el 20% de los más ricos del mundo y de los más pobres era de 30 a 1 en 1960, en 1994 esa proporción había crecido al nivel de 60 a 1.

Pero, como he dicho, es mucho lo que se ha hablado ya de nuestro momento histórico en el curso de los últimos decenios, y mi tema será en estas páginas más bien el de nuestro momento psico-histórico. Como persona cuya experiencia específica radica en lo espiritual y en lo terapéutico –es decir, en lo que atañe al proceso del desarrollo humano– no me ocuparé tanto de nuestra problemática objetiva como de la consideración de sus aspectos más interiores; es decir, no tanto del sistema tecnocrático-comercial que nos domina como la “Gran Bestia” de la profecía, sino de su corazón –es decir, de los aspectos psicológicos y espirituales de nuestro mal colectivo.

Al hablar de un abordaje psico-histórico no sólo me refiero a que me ocuparé del aspecto interno de nuestros problemas, sino a un intento de comprender lo que está pasando hoy en el mundo desde una perspectiva de la evolución de la cultura. Pero ya que la palabra “cultura” suele entenderse en un sentido relativamente exterior –en alusión a ideas, cuadros, obras musicales, costumbres, instituciones, etc.– conviene decir que mi interés es más bien el de la historia del “espíritu humano”. Me interesa, entonces, la consideración de nuestro tiempo y de su historia en sus aspectos psicológicos o mentales,

e invitaré a mis lectores a observar cierto paralelismo entre nuestro desarrollo histórico y el desarrollo de la conciencia individual.

Personalmente, siento cierta fascinación por la idea de que en sectores diferentes de la realidad se observan procesos, leyes o estructuras semejantes, aunque la ciencia no haya llegado a mostrar exactamente las relaciones causales entre tales casos de “isomorfismo”. Un ejemplo muy conocido es el de cómo se repite la evolución de las especies –evolución que ha ocurrido a través de sucesivas edades geológicas– en la vida del individuo. Cada uno de nosotros ha comenzado su vida como un organismo unicelular, y ha pasado durante la vida embrionaria por una etapa reminiscente de la de los invertebrados. Luego, como vertebrados, fuimos algo parecido a los peces, y hay un momento en el desarrollo del embrión en que nos parecemos mucho a los ratones, pues nuestra línea evolutiva pasó por los roedores antes de pasar por los insectívoros, que precedieron a los monos y en quienes se empezó a desarrollar la corteza cerebral en relación con el ojo y con la mano. En resumen, nuestro desarrollo individual es un eco de la evolución de nuestra especie.

Pero resulta más misterioso el eco entre distintos niveles de la realidad. Por ejemplo: ¿Es coincidencia el que en el mundo sonoro la duplicación de la frecuencia de un sonido define la octava musical –en que se repiten de ocho en ocho las notas de tal modo que el ascenso progresivo se torna en una espiral– en tanto que en el mundo visual los colores del espectro visible también constituyen una octava? ¿Y que según la tabla periódica de Mendeleeff los elementos químicos también se ordenen en octavas? Intuimos una estructura universal, y ello sin duda ha hecho sentir a algunos como si el Creador pusiera sus impresiones digitales en distintos ámbitos de la creación. Y también la música nos parece un espejo sonoro de leyes universales, por lo que se ha dicho que ella encarna una “música de las esferas”. Cuando escuchamos la música de Beethoven, por ejemplo, sentimos muy fuertemente que se reflejan en ella procesos vivos: la estructura espiral de su configuración temporal evoca en nosotros un desarrollo que nos es familiar en el transcurso de nuestra experiencia afectiva. Es como si después del barroco, en que la música era lineal, entrase en ella la experiencia humana del desarrollo, y a través de ello encontraran expresión musical las leyes de la vida misma

En forma muy abstracta se puede hablar de tales ecos morfológicos en términos de una estructura fractal en el universo. Para quien sea nuevo este término matemático reciente, una imagen puede proporcionar una explicación sencilla: la del hombre que mira una botella en cuyo rótulo puede verse la imagen de un hombre que mira una botella, en cuyo rótulo...etc. O bien la imagen de espejos que se reflejan uno al otro, interminablemente. En un caso como en el otro, la parte refleja al todo, y esta situación, lejos de ser exclusiva de artificios humanos, bien pudiera constituir algo generalizado en la organización del mundo natural. Así, por ejemplo, en los árboles, la arborización está en la estructura del tronco, del que se separan las ramas principales, como en la estructura en cada rama y, por último, en la nervadura de cada hoja. Y aún en cada rama de la nervadura se repite la forma del árbol entero.

Personalmente, y como ya he dicho, me interesa mucho la idea de una estructura fractal u holográfica del mundo, y lo que me propongo a continuación es explorar un caso particular de isomorfismo, cual es la idea de la sociedad como un organismo: la de que nuestro organismo colectivo tenga una evolución, y que esa evolución pueda, tal vez, tener ciertas características semejantes a las que conocemos del desarrollo del individuo aislado.

La idea fue propuesta por Spencer, sociólogo a la sombra de Darwin. Y tal vez porque lo que propuso fue un “Darwinismo social” en el que se traslucía el deseo de justificar el incipiente industrialismo capitalista con la idea de una supervivencia de los más fuertes en el orden natural, no llegó a ser muy popular en su época la idea que también propuso de un organismo social con sus propias leyes. Pero más recientemente parece estar entrando en la cultura la idea de una sociedad potencialmente orgánica –al hacerse prominente el paradigma holístico y al surgir tanto la ciencia de sistemas como la ecología, con su concepción de Gata que equipara la Tierra con un organismo vivo. Y ya la ciencia moderna no se apresura en tachar de superstición el dicho hermético de que “como es arriba es abajo”. La misma idea de que entre el nivel atómico y el nivel planetario del mundo inorgánico pueda percibirse cierta analogía parece apoyar a la idea de que en el nivel social de la vida humana puedan observarse ciertas características semejantes a las del individuo.

Yo creo que la gran promesa de la idea de un isomorfismo entre la evolución de la conciencia individual y la evolución de la cultura a través de la historia es que de la evolución individual sabemos más que de la evolución social, pues a través de las épocas, en todos los tiempos ha habido individuos que han “atravesado el río”, individuos que han llegado a algo que sentimos como la promesa del potencial humano.

Ya los griegos reconocían un potencial de divinización del ser humano, y ello se celebraba en el mito y culto de Dionisio, divino hijo de Dios que se hace mortal y sobrevive a su muerte. Más ampliamente, se llamaba “héroe” al hombre sobrehumano que se diviniza y trasciende la muerte, y el culto de los héroes en Grecia era más solemne que el culto a los dioses –pues involucraba el duelo de sus muertes trágicas y se esperaba de ellos una bendición.

Los héroes han convivido con nosotros a través de las generaciones, los llamemos como los llamemos, y es difícil no darse cuenta que ha habido en la historia seres como los creadores de las religiones y otros genios religiosos, santos o maestros de vida que han tenido algo que decirnos acerca del proceso por el cual llegaron a su sabiduría y bondad. Las luminarias de la conciencia humana en todas las civilizaciones han transmitido nociones muy sofisticadas acerca de cómo es el camino, y la psicología comienza ahora a nutrirse de esas viejas fuentes.

La Psicología Transpersonal comienza a interesarse en integrar lo que la observación científica nos dice acerca de las primeras fases del desarrollo, con lo que los antiguos han sabido siempre de las fases más avanzadas del “gran viaje”. Y una cosa es clara: que el proceso de la evolución de la conciencia individual es una especie de metamorfosis psico-espiritual –una transformación– que entraña un proceso de muerte y renacimiento. Atravesamos por diversas pequeñas muertes psicológicas a través de las cuales vamos dejando atrás ciertas motivaciones, y nos vamos desprendiendo de aspectos de la personalidad forjada durante la infancia, de lo postizo, que es algo que hemos internalizado de la patología social que nos rodea o algo que tuvimos que adoptar como modo de defensa, y a medida que nos vamos liberando de lo obsoleto y limitante, va emergiendo nuestra potencialidad interior, esa conciencia mayor que llamamos espíritu y es como la flor en el árbol de nuestra vida. En el lenguaje de la Psicología Transpersonal, vamos dejando atrás el ego, y con ello vamos liberando nuestro ser esencial de la prisión de nuestra “neurótica” compulsividad condicionada.

Y ello se da en etapas. Y ya empieza eso en la pubertad, que es un momento de una pequeña liberación, parece que algo nuevo naciera en la vida humana. Naturalmente, nuestro desarrollo ha atravesado varias etapas antes de ello, desde la así llamada fase de separación-individuación en que pasamos a depender menos del contacto con nuestra madre y a explorar más autónomamente el ambiente, a la importante etapa en que (a los 6-7 años) adquiere nuestro intelecto una mayor capacidad de abstracción y comienza para muchos la vida infantil recordada. Pero durante tales transiciones tempranas de la infancia lo que ocurre es una combinación de maduración, socialización y perturbación de nuestra salud original: a medida que maduran nuestras facultades vamos entrando progresivamente en el mundo y cayendo a la vez progresivamente del paraíso. Pero con la pubertad comienza un “camino de regreso”, que es el comienzo de una transformación –por más que ésta quede en muchos –tal vez la mayoría– detenida. Mucha gente se siente como si hubiese nacido con la adolescencia, o terminado de nacer –aunque en la perspectiva de una vida realizada sea más exacto decir que se trate del primero entre una serie de nacimientos a lo largo de un proceso de individualización progresiva que coincide con una progresiva profundización de las relaciones. Parece como si sólo entonces empezara a nacer un yo propiamente personal –un tercero independiente– entre el mundo de las internalizaciones del padre y el de la madre.

Y entraña la entrada en la adolescencia una crisis: un período de transición difícil. Es la primera en una serie de transiciones difíciles que se suceden en la vida de una persona –saltos cualitativos en nuestro proceso de desarrollo, a la vez que pasajes delicados.

Al entrar en la vida adulta, es decir en la época en que decimos haber alcanzado la “mayoría de edad”, muchas personas reconocen otro momento crítico. Ciertamente la transición, como la de la pubertad, entraña una maduración biológica: es ahora (a los 24-25 años más o menos), cuando termina la osificación del esqueleto, y el hecho de que sea poco antes de ello que se nos asignen las libertades y responsabilidades de la mayoría de edad legal, implica el reconocimiento de una maduración psicológica también. Para muchos es ésta una época en que el joven adulto se aleja de su familia de origen, y para los que han tenido la oportunidad de una formación profesional es la época de transición entre el aprendizaje preparatorio y el trabajo de servicio. El hecho de dejar cosas atrás, es una pequeña muerte, del mismo modo que cuando el individuo pasa a vivir su vida de forma más creativa e individual, se trata también de un pequeño nacimiento. De nuevo la persona cambia de mundo, y al alejarse de sus influencias originales puede dejar de interesarse en el contacto con amigos anteriores. Siente como si ahora comenzara su vida de verdad y anteriormente no hubiera entendido nada, y sintiendo que ha avanzado o crecido mucho puede despreciar a sus camaradas del colegio o del posterior ambiente estudiantil.

Y viene más adelante en la vida una tercera época crítica alrededor de los 36-37 años: aquella a la que a menudo se alude como la crisis de la mitad de la vida (“middle age crisis”). Fue tal vez Jung el primero en llamar la atención sobre cómo a la mitad de la vida muchas personas sienten que ya no les satisface lo que han estado haciendo, pues pareciera que el mismo éxito que han tenido en cumplir con las expectativas de su adolescencia los llevara a descubrir lo limitado de tales satisfacciones y propósitos. Más decisivamente, una relativa desilusión de sus antiguos sueños e ideales les abre a una búsqueda interior, de modo que, independientemente de influencias religiosas, puede

hablarse de una “conversión” por la cual la persona se aleja relativamente de lo mundano para entrar en un camino de evolución deliberada.

Pareciera que se hace presente un ciclo de 12 años a través de nuestro desarrollo, de modo que a la transición de la pubertad (a los 12) y a la de la mayoría de edad (a los 24) sigue esta transición de la mitad de la vida (a los 36). Y es curioso que aproximadamente a esta edad que para algunos es la del comienzo de un camino, otros (como Buda o Whitman) han llegado a la madurez espiritual o encontrado (piénsese en Mozart, Byron, Schubert, Keats y otros) tras un florecimiento precoz, la muerte.

Así como es crítica la transición de la infancia a la adolescencia, que a veces se acompaña de sufrimiento y de problemas, y así como la época de transición a la vida adulta es también un momento en el que los problemas psicológicos pueden alcanzar la gravedad de las psicosis, la transición que sigue puede coincidir con un apogeo de la problemática del individuo. Diría yo que es ésta la época en que la neurosis individual, que evoluciona junto a la persona de cuya mente y cuerpo se nutre para sustentar una existencia de parásito, alcanza un máximo de desarrollo que no puede ser desatendido. Es la época, por ejemplo, en que el obsesivo llega a tal obsesividad que no le queda más que comprender su enfermedad y proponerse vehementemente un cambio de orientación. O aquella en que un alcohólico sucumbe a su adicción hasta un extremo tal como para que su vida familiar o su supervivencia misma se vea amenazada. Pero es precisamente este agravamiento de la problemática emocional y caracterológica lo que lleva a la persona a un proceso terapéutico efectivo, o al comienzo de un verdadero trabajo espiritual.

Aunque la idea de que se sucedan ciclos biológicos de aproximadamente doce años en nuestro desarrollo se ve confirmada en que la edad de los 48 corresponde al climaterio y la de 60 al comienzo de la vejez, no son éstas las etapas más significativas desde el punto de vista del desarrollo de la conciencia, pues quien ha vivido ese cambio de rumbo “a mitad del camino de nuestra vida”, tarde o temprano cosecha los primeros frutos de su búsqueda. Particularmente cuando la persona se siente suficientemente motivada para buscar ayuda en la psicoterapia o en alguna de las escuelas espirituales tradicionales, su etapa de aspirante (o vía purgativa del misticismo cristiano) desembocará en la así llamada vía iluminativa –un período de cosecha y abundancia que constituye una vez más –y más que nunca– un nacimiento: un nacimiento al espíritu, o un nacimiento del espíritu. Pero ni siquiera esta fase de conciencia expandida constituye el fin del desarrollo interior, pues sigue a la fase iluminativa tarde o temprano esa contracción de la conciencia que en el mundo cristiano se conoce como “la noche oscura del alma” –el nigredo de los alquimistas– que es a la vez un período de incubación y una muerte interior: aquella a la que San Pablo aludía al hablar de la muerte del “hombre viejo” que precede al nacimiento del hombre nuevo. Pocos llegan a conocer esta “noche oscura” que constituye la siguiente y más grave crisis del desarrollo humano, pero pienso que lo que sabemos acerca de ella (a través de la experiencia de esos pocos que, como Jonás, fueron tragados y regurgitados) interesa no sólo (como siempre) a los peregrinos en su viaje interior, sino a todos –por su relevancia a nuestra situación colectiva. Pues, como me propongo compartir a través de las siguientes páginas, pienso que aquello que en el desarrollo de la conciencia individual es el período de oscuridad que precede a esa fase de madurez definitiva del espíritu que se conoce en la teología mística como la vía unitiva es donde encontramos el más adecuado paradigma para la fase de la evolución colectiva por la que ahora atravesamos.

Pero lo que vengo de proponer supone la consideración de la historia en su conjunto y de sus etapas. ¿Es cierto que puedan discernirse en ella saltos o transiciones críticas análogas a las que se observan en el desarrollo individual? ¿Y son esclarecedoras del proceso histórico las nociones de muerte y de nacimiento?

En la evolución psico-espiritual del individuo es pertinente la noción de transiciones que conllevan a la vez el carácter de nacimiento y de muerte porque, pese a la connotación de la palabra “individuo”, nuestra mente es dual: lejos de ser seres unificados, llevamos en nosotros, junto a nuestro ser esencial, una especie de subpersonalidad parasitaria que podemos llamar nuestra neurosis. (Me parece lamentable que la palabra “neurosis” esté desapareciendo del lenguaje psiquiátrico moderno, pues se necesita algún término para aludir al hecho de que la mayor parte de los síndromes conocidos por la psicopatología constituyen manifestaciones alternativas de un mal semejante, y no una verdadera multiplicidad). Puede decirse que albergamos en nosotros dos yoos –uno sano y el otro (eco de un mal colectivo) enfermo, y en vista de ello nuestro desarrollo temprano consiste a la vez en la maduración de nuestro ser esencial y en un crecimiento de nuestro ser parasitario –es decir, una complicación y fortalecimiento de nuestra psicopatología. Posteriormente, cuando empieza (en el mejor de los casos) la recuperación de nuestra salud, se puede decir que nuestra parte enferma va muriendo, y que nuestra parte sana, liberada de interferencias, va asomando o naciendo.

Aplicada a nuestra condición colectiva, esta idea puede resolver la paradójica pero innegable observación de que nuestra historia entraña a la vez progreso y decadencia: progresamos en nuestro conocimiento y dominio del mundo, pero evoluciona también nuestro mal colectivo –del que nos vamos liberando pero que hasta ahora –como ante un enemigo parcialmente aniquilado que consigue refuerzos– no terminamos de vencer.

Parece claro que al comienzo de nuestra historia, como al comienzo de nuestra vida individual, nos desarrollamos en un ambiente traumático. El trauma con que se encuentra cada criatura que sale del vientre materno nos era invisible hasta hace poco de la misma manera que es invisible para el pez el agua en que se mueve. La universalidad y antigüedad de nuestra condición nos había acostumbrado y en cierto modo encallecido el alma. En nuestro tiempo de mayor conciencia psicológica, sin embargo, son muchos para quienes se ha tornado evidente aquello que Reich llamaba la “plaga emocional”, transmitida a través de las generaciones como el pecado original. Por lo menos las personas que atraviesan por un proceso terapéutico han tomado conciencia de las heridas de su infancia y del origen de éstas en las aberraciones caracterológicas de sus padres –y basta haber comprendido esto para comprender que los defectos de sus padres, a su vez, han sido eco de las limitaciones en la capacidad amorosa de sus respectivos progenitores– y así sucesivamente. Y del mismo modo que el individuo sufre y enferma (sabiéndolo o no) a raíz de la angustia, frustración e inseguridad en su encuentro con la condición emocional aberrada de su entorno, es difícil poner en duda que los primeros humanos sufrieron el trauma de una grave amenaza a su supervivencia: pues la historia de nuestra especie comienza durante el último periodo glacial, cuando a la amenaza del frío se unió la del hambre, y la necesidad de sobrevivir en condiciones tan precarias seguramente trajo consigo la de matar –tal vez a otros humanos.

Es muy paradójico eso. Se puede leer la historia simultáneamente de dos maneras. Ya como un continuo progreso, como los darwinianos quisieron leerla y como hasta la década de los 50 –no mucho tiempo atrás– era la visión predominante, o según otro punto

de vista, que coincide con la lectura antigua de las tradiciones espirituales. Según ésta hemos caído de una condición arcaica paradisíaca, y no terminamos aún de caer: vamos cayendo a través de las edades, y nuestro progreso científico se inserta en un contexto de creciente deshumanización.

Spengler mostró cómo todas las grandes civilizaciones nacen gloriosas y después de un período seminal dorado alcanzan su verano esplendoroso en que florecen sus potencialidades, pero luego empiezan una larga decadencia hasta que, llegadas a su período invernal, se atrofian y fosilizan. Luego Toynbee escribió ese extenso Estudio de la Historia que fue tan célebre en su tiempo, aunque ahora no esté tan de moda porque los historiadores consideran cosa de sobra conocida el que, como él mostró tan claramente, las civilizaciones nacen en respuesta a desafíos y con el tiempo mueren. Y a veces se dan maridajes, como en el caso de la nuestra, que es híbrida de un doble origen: porque nuestra civilización es la prolongación del mundo greco romano podemos decir que fuimos maternizados por éste, pero el mundo greco romano fue fecundado por el mundo judeo cristiano, y aunque nuestros genes nos hayan llegado principalmente de los indoeuropeos, nuestro espíritu (a pesar del característico antisemitismo de la civilización europea) nos ha llegado en gran parte desde Abraham.

Pero volviendo a la consideración de los albores mismos de la historia: decía que así como ocurre en la vida individual, en nuestra evolución más temprana coincidió la maduración de nuestras facultades con circunstancias altamente traumáticas. De modo que así como individualmente caímos del paraíso del vientre materno a este mundo cabeza abajo y lo pasamos mal ya en la sala de partos de algún hospital, (donde se nos ha golpeado la espalda, con la falta de sensibilidad característica de nuestra cultura, para confirmar a través de nuestros gritos que estamos vivos), también en nuestra vida colectiva hemos caído “cabeza abajo” (de cabeza). Por más que el desafío de esta caída de la abundancia de la vida selvática tropical a la precariedad haya sido un estímulo a la astucia y a esa inteligencia práctica que hoy vemos culminar en el desarrollo tecnológico, también hemos perdido algo en nuestro necesario endurecimiento. Creo que conviene entender el desarrollo de la historia como el de una planta que se ha contaminado con un parásito: a medida que crece, también crece el parásito que se alimenta de su vida. Así, a medida que evoluciona nuestro ser a través de la historia, evoluciona también nuestra enfermedad, que hoy en día hace pensar en un cáncer.

Ocurre en la vida individual que para superar la programación disfuncional de la que dependen nuestros síntomas y dificultades en la convivencia, debemos remontarnos al trauma original –que no siempre es exactamente un incidente, sino que es a menudo una situación permanente ante la que debimos aprender a defendernos con la adopción de un falso yo y la traición a nuestro ser verdadero. Se dice que el principal sentido de la historia es el de entender el presente, y pienso que también en lo colectivo es posible que la cura de nuestra condición enajenada colectiva deba pasar por la comprensión y reconsideración de nuestro trauma histórico original, que no fue otro que aquel de esa amenaza del hambre y de los hielos que nos enseñó a matar a nuestros semejantes para sobrevivir. Los escasos restos de los albores de nuestra historia de Homo Sapiens sugieren que nuestros antepasados Cromagnon debieron aprender a comer no sólo grandes animales, como los osos polares, sino también a sus primos, los Neanderthal. La extinción del hombre Neanderthal por esa época así como la notable proporción de cráneos perforados entre sus restos llevan a pensar que tuvimos que hacernos caníbales –

y se hace comprensible el fenómeno del canibalismo en tiempos recientes como un vestigio de un canibalismo necesario y sacralizado de tiempos remotos.

Es muy interesante considerar cómo la religión en sus orígenes estuvo íntimamente ligada a los sacrificios, que primero fueron sacrificios humanos y después se fueron transformando en sacrificios animales para llegar por último a sacrificios simbólicos y a la concepción psicológica del sacrificio del yo. Ha recibido mucha atención recientemente entre antropólogos e historiadores el libro de René Girard titulado *La Violencia y lo Sagrado*, que pretende entender esta relación entre violencia y religión como resultado de la santificación de un crimen original o arcaico. Sin compartir las interpretaciones de Girard, pienso que hubimos de romper nuestro vínculo original con nuestros semejantes y traicionar y empobrecer nuestra potencialidad amorosa original en los albores de nuestra historia. Y creo que nos ayuda a comprender, tanto el trauma original de nuestra especie como el origen de los ritos de sacrificio, una costumbre observada en tiempos no muy lejanos por los esquimales, que después de criar un oso polar como un animal doméstico querido, lo preparaban para la transición feliz hacia una mejor vida antes de sacrificarlo y comérselo. No es difícil entender empáticamente su situación psicológica de tener que reconciliar el amor con la necesidad de matar para sobrevivir. El rito sacrificial, puede decirse, es una manera de descriminalizar una violencia inevitable a través de una sacralización compensatoria y a la vez expiatoria. Con el correr del tiempo, sin embargo, nos acostumbramos a considerarnos dueños de la creación y a trivializar la muerte, no sólo de animales, sino –particularmente durante la era de la televisión– de humanos. Ello favorece la persistencia de la actitud cripto-canibalística que ha caracterizado nuestra historia de explotación violenta y se hace sentir tan dramáticamente en la actual codicia exterminadora del imperio global capitalista, que arrasa con la naturaleza, con los desposeídos y con los valores humanos. La antigüedad remota de la voracidad y de la insensibilidad humana hacen comprensible que a través de la historia hayan sido pocos los pensadores que han considerado al ser humano como intrínsecamente amoroso. Ciertamente no nos hemos comportado como seres bondadosos a través de nuestra historia colectiva, y los más realistas no han podido desconocerlo. Pero pienso que la fe de Rousseau en nuestra bondad intrínseca anticipó la visión mayoritaria de la psicología moderna y refleja una comprensión psicológica más aguda que el cinismo de Maquiavelo: hoy en día reconocemos como profética su noción de que estamos presos en la civilización y debemos volver en cierto sentido a una condición arcaica. Acertadamente, entonces, propone Salvador Pániker una evolución retroprogresiva, en que el avance implica la recuperación de algo primitivo que hemos perdido.

El próximo paso –o pasaje– en nuestra historia es el que nos llevó de una anarquía competitiva (como Darwin imaginó a propósito de la selección natural de las especies) a lo que se ha llamado el período Neolítico en alusión a los restos arqueológicos de herramientas y armas de piedra pulimentada. Pero más importante que el progreso técnico en el trabajo de la piedra fue entonces la transición de la vida nómada a la vida sedentaria, que se hizo posible con el comienzo del cultivo de vegetales. Se habla a menudo de esta transición como de “la revolución agrícola”, pero ello es quedarse corto en la comprensión de un cambio más profundo, pues no sólo nació en aquel tiempo la agricultura sino, más ampliamente, la cultura: las primeras tumbas no sólo apuntan a una conciencia de la muerte, sino a una veneración de los muertos en que se adivina la

concepción de un más allá. Y otras señales nos confirman que en esta época –entre unos treinta a diez mil años atrás– nace el espíritu religioso. Y nace el arte –del que nos quedan las magníficas pinturas rupestres de Lascaux y otras cuevas, así como objetos tallados en piedra o marfil. Y empieza la alfarería, y surgen los primeros textiles. Y más allá de tales inventos específicos (que incluyen además de la agricultura, la vivienda y las ropas, la alfarería y la cestería) se percibe un espíritu común de cultivo y cuidado, como si el cultivo de la tierra no fuese más que una extensión del cultivo y cuidado humano y como si la vivienda y las vestimentas, como las cavernas mismas, fueran proyecciones del útero materno sobre el mundo exterior. Aunque por ahora no haya completa unanimidad acerca de ello entre los estudiosos, pareciera que el sedentarismo y la revolución agrícola hubiesen sido iniciativas femeninas, y es coherente con ello el hallazgo de abundantes figuras de mujer entre los restos arqueológicos –figuras de vientre y pechos prominentes que sugieren un homenaje a la procreación y la maternidad. Empieza en el neolítico –al menos en la cuenca del Mediterráneo y Medio Oriente– lo que hoy día algunos llaman la época matrística.

Fue Bachofen, notable historiador contemporáneo y colega de Nietzsche en la universidad de Basilea, hacia fines del siglo XIX, quien por primera vez formuló la idea de que algunas instituciones y usos que se habían considerado simple expresión de la naturaleza humana fuesen más bien parte de una cultura “patriarcal” relativamente reciente, antes de la cual habría existido un “matriarcado”. A partir de análisis de textos (como los de Heródoto) y de artefactos, observó que en otro tiempo la cultura estaba centrada en la figura de la mujer, y que los valores masculinos (de heroísmo guerrero) estaban supeditados a valores femeninos (de cultivo y afirmación de la vida.) Así en Grecia, por ejemplo, antes de la era de los dioses olímpicos había dominado la vida religiosa la figura de la Gran Diosa Madre, y esta religión diferente se había asociado a otras prioridades en el ámbito del derecho y a un distinto régimen de propiedad –en que ésta, como el nombre mismo de las personas, pasaba a través de la madre. La idea de Bachoffen constituyó un fuerte estímulo para el desarrollo de la antropología, que en su comienzo se interesó vivamente en investigar la existencia de culturas matriarcales contemporáneas. El resultado de tales indagaciones fue analizado cuidadosamente en una extensa obra de Robert Briffault¹, y puede decirse que para algunos la información recogida no validó suficientemente la idea de un “matriarcado”; pero aunque el dominio de la mujer o de lo femenino no debe entenderse en forma análoga al dominio masculino² –pues la dominación a través de la fuerza es algo que sólo surge con la supremacía del hombre, y por más que sea cierto que no se han encontrado ejemplos importantes de “matriarcado” en el sentido etimológico de “gobierno” femenino, son muchas las culturas “matrísticas”, en las cuales el poder de lo femenino se expresa a través de la dignidad e influencia de las mujeres y la prominencia de valores femeninos. Y entre estos, el más característico, junto a la reverencia por la vida y la sacralidad de la procreación, me parece la solidaridad tribal.

Aunque según la convención de los historiadores la revolución agrícola del neolítico precede en miles de años al nacimiento de las primeras civilizaciones, es en esta época, durante la cual la presencia de la mujer parece suavizar y agregar profundidad emocional

¹ 1. The Mothers.

² La distinción está claramente expresada en el título de un libro de la antropóloga Peggy Reeves acerca de los orígenes de la desigualdad sexual: Poder femenino y dominio masculino.

a la vida de los primeros nómadas cazadores, cuando comienza a hacerse presente el movimiento civilizador que florece con las primeras grandes ciudades.

Bien pudiéramos decir que no sólo nace durante la era matrística la cultura propiamente tal, sino el hombre. Pues es entonces cuando el animal humano se hace efectivamente un animal cultural. En el lenguaje del Génesis podemos decir que es ésta la época Adánica de la Historia, la época en que fuimos insuflados por el Espíritu. Y si buscamos una analogía para esta etapa de maduración y a la vez socialización y culturización de nuestra especie, la encontramos en esa transición a una mayor madurez y socialización que tiene lugar con la llegada a la segunda infancia.

También en este caso se observa una cierta suavización de la instintividad apenas inhibida de la primera infancia –inhibición característica de lo que Freud llamó un “período de latencia”– y para la mayoría de las personas la vida anterior, como una prehistoria personal, queda sumida en el olvido.

Pero después de Adán viene Caín, y según las breves palabras del relato bíblico la época de Caín y Abel no sólo es aquella en que, expulsados del Jardín del Paraíso, nos iniciamos en la criminalidad, sino también la edad de los metales.

Es con esta nueva transición en la historia de nuestra cultura con la que se considera que termina la prehistoria y comienza la historia propiamente dicha –pues esta época de la así llamada “revolución urbana” es también aquella en que inventamos el alfabeto, y con el comienzo de la escritura comenzamos a dejar un registro explícito de nuestros actos y pensamientos.

A la época de los glaciares aparentemente siguió una en la cual el derretimiento de los hielos causó grandes inundaciones y lluvias –el “diluvio” de tantas leyendas antiguas. Pero la tierra luego empezó a secarse, y los pueblos se agruparon en torno a los grandes ríos: los de Mesopotamia, el Nilo, el Yangtsé, y el Ganges. En sus riberas, grandes masas humanas tuvieron que cultivar la tierra, y para coordinar sus esfuerzos instituyeron un sistema de autoridad jerárquica a gran escala. Que se tratase de una autoridad benigna nos lo sugiere tanto la razón como el hecho de que los primeros gobernantes fuesen reyes sacerdotes y no poseyeran tierras: sabemos que entre los Sumerios eran los dioses los dueños de la tierra, y los reyes-sacerdotes sólo sus intermediarios y servidores. Pero sabemos que la autoridad es una cosa muy delicada y, como a menudo se repite desde que Lord Acton lo observara, “la autoridad corrompe y la autoridad absoluta lleva a la corrupción total”. En otras palabras: a mayor autoridad, mayor peligro de que ésta pase a servir a intereses personales que entran en conflicto con el bien común. De más está señalar cómo el curso de la historia ha mostrado una y otra vez que la autoridad benigna se transforma en autoritarismo, que bajo el régimen autoritario mandan los que tienen la pasión de mandar, y que los intereses creados alimentan la sed de poder.

La época que sigue a la edad matrística ha sido caracterizada por Ken Wilber, como una etapa “solar” en el desarrollo histórico de la conciencia. Así lo justifica no sólo el notable avance cultural que significaron importantes inventos como la escritura y el calendario, sino el que los grandes templos nos hacen sentir un avance espiritual: a la antigua religión de la tierra se agrega ahora la religión del cielo –es decir: la intuición de una sacralidad trascendente.

Pero no podemos desconocer el aspecto problemático del advenimiento de la sociedad patriarcal: sólo entonces comienzan las guerras, y con el nuevo régimen comienza también la esclavitud.

Es probable que la esclavitud haya comenzado con el rapto de mujeres. Tal como nos muestran las películas de Hollywood acerca de los Hunos y otros Arios primitivos, hordas de guerreros se dejan caer sobre una población sedentaria y se llevan a las mujeres como hembras reproductoras y sirvientes domésticas. Después, los poderosos vencedores parecen haberse dado cuenta de que una esclavitud más generalizada podría ser tanto posible como conveniente: no sólo las mujeres pueden ser capturadas y vendidas, sino también los hombres.

Ya que de la esclavitud al establecimiento de clases sociales hay sólo un paso, se puede comprender la violencia original hacia las mujeres como el origen del establecimiento permanente de una clase oprimida –así como de una clase opresora que se arroga el derecho a gobernar a la otra “por su propio bien”.

Hay indicios de que el establecimiento del régimen patriarcal haya entrañado una revolución violenta, y así lo sugieren diversos mitos, como aquel que relata cómo Apolo, tras su derrota de la serpiente Pitón, la reemplaza en el oráculo de Delfos, o el de Perseo, héroe griego del que se narra cómo, con la ayuda de Hermes y de Pallas Atenea, le corta la cabeza a la terrible medusa Gorgona. La Gorgona –como Pitón, una personificación de la Gran Diosa Madre–, tiene una cabellera de serpientes, lo que sugiere su relación con el mundo arcaico de la instintividad. (Es universal la asociación de la Diosa arcaica con la serpiente, y también es universal la vuelta del mundo patriarcal contra la serpiente como reflejo del reemplazo de la religión de la tierra y de la vida por una religión del cielo y de la trascendencia).

Si bien es comprensible que en el feminismo de hoy se tienda a identificar la era matrística con el legendario paraíso perdido, me inclino a pensar que es más exacta la visión de los antiguos que concebían ese tiempo –la mítica “edad de plata”– como una primera fase de deterioro respecto a una condición previa de armonía original a la que se ha aludido como una “edad de oro.” Así lo sugiere la asociación de las culturas matrísticas con los sacrificios humanos, y también su régimen de tiranía grupal. Erich Fromm ha interpretado esta fase en el desarrollo colectivo de nuestra conciencia como una etapa de estancamiento a través de una “unión incestuosa con la tierra”, y sospecho que la revolución a través de la cual las bandas masculinas de cazadores se apoderaron del poder haya sido sentida como un gesto liberador en pro de la evolución de las potencialidades humanas y en contra de las limitaciones del status quo.

Es más que posible, entonces, que la revolución patriarcal, pese a la violencia criminal que inyectó en nuestra cultura, haya respondido a una necesidad –constituyendo, como nuestra antropofagia original, un crimen sagrado. El que así pueda haber sido, sin embargo, no significa que el régimen patriarcal siga siendo necesario; más bien interesa hoy en día que comprendamos cabalmente la destructiva obsolescencia de la civilización patriarcal, y si es cierto que se puede aplicar a la conciencia colectiva la estructura del proceso de transformación del individuo –proceso que supone la comprensión y reconsideración de las heridas del pasado y de las correspondientes formas reactivas tempranas de nuestra actitud ante el mundo, que se han tornado automáticas e inconscientes– es imprescindible que comprendamos que desde tiempos muy remotos las formas de vida que hemos considerado correctas no han sido funcionales ni amorosas. Es más: deben ser revisadas y debemos abrirnos a la posibilidad de haber estado equivocados. Así como nada ayuda tanto al individuo como entender lo que pasó al comienzo de su propia vida para encaminarse a la liberación, pienso que ahora estamos

necesitando considerar que nuestros problemas comunes presentes no son sino el desarrollo natural de lo que nos está pasando desde hace milenios.

Y no se trata simplemente del capitalismo ni de la mentalidad que surgió con la era industrial, ni es simplemente algo que haya complicado nuestras vidas durante los últimos siglos: se trata de algo tan antiguo como nuestra civilización misma, y podemos aludir a ello como la “estructura profunda” de eso que comenzó hace unos 4-5 milenios con la así llamada “edad de bronce”. Tal es la naturaleza de nuestra crisis, término que, como pone de manifiesto el tan citado hexagrama del I Ching, conlleva tanto peligro como oportunidad. Y descubrir que –más allá del autoritarismo, la violencia, el nacionalismo, el mercantilismo y otros males tan indudables como bien conocidos–, el mal fundamental que nos aqueja se encuentra en la estructura patriarcal de nuestra mente y de nuestras relaciones, nos invita a pensar que estemos fijados en una etapa adolescente de la conciencia colectiva, aunque hoy en día tal inmadurez resulta insostenible.

Pero sigamos adelante con la consideración de las analogías entre la evolución del individuo y las fases de la historia. Si la pubertad o primera adolescencia de nuestra especie fue la tan heroica edad de bronce en la que se instituyó el dominio masculino a través de la violencia y la astucia, puede decirse que alcanzamos una mayoría de edad colectiva con ese desarrollo posterior de la sociedad patriarcal que se caracterizó por el surgimiento de los primeros imperios: época que tanto la mitología como la arqueología designan como “edad de hierro”. Y si la “edad de plata” matrística en que nos hicimos agricultores sedentarios correspondió al período “edénico” de nuestro mito bíblico y la transición a la edad de bronce está señalada en éste por Caín –el primer metalúrgico– la edad de hierro es la edad de Nimrod, y se continúa en la de los gigantes y de esa perversión creciente con que se caracterizan los tiempos entre Babel y el diluvio.

Pero el relato bíblico es un mosaico en el que se integran varias historias precedentes, y nos dicen los historiadores que, alegorías aparte, es la conquista de Canaán la que corresponde a la edad de Bronce, y que la edad de hierro en la historia de Israel corresponde a los tiempos del rey David y de Salomón –cuando probablemente se redactaron los así llamados “Libros de Moisés”.

En Grecia comienza la edad de hierro con la guerra de Troya, y en la India con la guerra entre Pandavas y Kauravas que constituye el tema del Mahabharata. La edad de hierro es también la de los primeros imperios mesopotámicos –la del legendario Gilgamesh y sus excesos. Los griegos de la época homérica exaltaban a Aquiles y a Ulises, pero también concebían su tiempo como menos esclarecido que aquel en el que habían vivido la mayor parte de los héroes semi-divinos. Tanto en su caso como en los de Babilonia y Egipto pudiera decirse que la grandeza de la heroica edad de bronce se complicó con una mayor grandiosidad. Joseph Campbell ha acuñado la expresión “inflación mística” en referencia a la actitud que llevó a los egipcios a enterrar a sus faraones en compañía de su familia y servidores –sofocados en sus tumbas en un acto de total devoción. Trasluce tal práctica, más que una simple jerarquía en torno al poder espiritual, una especie de ebriedad de poder que se vuelve innecesariamente contra la vida. Diríamos que, igual que en la psicología individual, la grandiosidad esconde una inseguridad y una necesidad de afianzar un poder que se ve amenazado o duda de su propia legitimidad.

Si la edad de bronce con su revolución patriarcal constituyó la pubertad de nuestra especie, podemos decir que la edad de hierro –con el apogeo destructivo del poder

violento que ésta trajo consigo– corresponde a esa segunda adolescencia que llamamos “mayoría de edad”.

Pero decía que en nuestro desarrollo individual puede seguir a la adultez (en el mejor de los casos), otra transición crítica, que se asocia con la des-idealización de nuestros sueños adolescentes y al comienzo de un nuevo rumbo. Es a esto que se ha llamado la “crisis a la mitad del camino”(mid-life crisis) y ello lo que constituye la “crisis de entrada” al camino propiamente tal: iniciación, conversión o metanoia.

Cuando se da esa crisis, se atraviesa un umbral que lleva a un proceso de auto conocimiento y auto realización en el que los valores del mundo adulto parecen hacerse obsoletos, y de esa voluntad de dejar atrás lo conocido surge un vuelo: una primera aproximación a la experiencia espiritual propiamente tal o experiencia contemplativa. Nace propiamente la conciencia del buscador y comienza ahora un viaje interior que se hará cada vez más alto y más profundo.

Algo así podemos encontrarnos también en el proceso de nuestra evolución social. Tras la edad de nuestra sangrienta adultez, es decir, durante el patriarcado degenerado, surge esa fase de la historia que Jaspers ha propuesto llamar “el período axial” justamente porque se nos aparece como una metanoia colectiva.

Así como en su comienzo mismo las civilizaciones surgen con una sincronía que nos hace pensar en una red única de conciencia (ya en este mundo o a través de su participación común en otro invisible), también nos llama la atención la sincronía de las culturas en los tiempos de Zoroastro, de los Upanishads, de Buda, de Confucio, Lao Tze o Sócrates. Aunque en su empeño de encontrar algo análogo en la historia del pueblo judío unos 500 años a.C. Jaspers apunta a Isaías, nos parece más razonable encontrar el verdadero paralelo en Jesucristo, a pesar del desfase temporal –comprensible en una cultura que persistió por tan largo tiempo en su forma de vida pastoril. En la leyenda del pueblo judío, sin embargo, el florecimiento de la conciencia que sigue a una superación de la edad de hierro se simboliza en Noé, y la misma transición encuentra eco en el relato de la migración de Abraham de Caldea, que se continúa con la descripción del desarrollo de la mente profética a través de la historia de Abraham y de los demás patriarcas.

Parecería que el período axial constituyese el equivalente de la fase iluminativa de nuestra evolución colectiva, pero es más exacto compararlo con la epifanía que precede al camino –como la estrella que anuncia el pesebre o la zarza ardiente que presagia el Sinaí. Pues se trata de la iluminación de unos pocos, lo que de ninguna manera entraña una transformación colectiva. Y es característico del período axial que la conciencia de los profetas sea desoída –como esa “voz que clama en el desierto” de la que habla el evangelio de Juan– y ellos mismos convertidos en víctimas por la ignorancia destructiva de las mayorías. Algunos de los héroes del período axial son “crucificados”, de una u otra manera: José es vendido como esclavo en Egipto, Sócrates condenado a la cicuta, otros se alejan del mundo –como Lao Tsé o Buda, que predica una retirada colectiva. En todo caso, se trata en este tiempo de una conciencia muy diferente de aquella que en una época precedente inspirara la Guerra Santa de los arios del Irán antiguo o de la India védica: se trata ahora de una conciencia despojada de la grandiosidad y desmesura característica de los faraones o de los héroes griegos. Podemos decir que, con el paso de los siglos, los arios dominadores fueron impregnándose del espíritu matrístico de las culturas dominadas, y en la India el espíritu de los Upanishads fue fruto de esa síntesis

entre el mundo védico ario y el espíritu ctónico de las culturas más arcaicas de Mohenjodaro y Harappa. Igual ocurre en tiempos de la Grecia clásica, durante la cual Esquilo en su Orestíada hizo explícita una aspiración al equilibrio entre el espíritu patriarcal de su tiempo con el espíritu matrístico del pasado.

Del mismo modo que el fruto del periodo axial fue sólo una conciencia minoritaria, semilla de una mayor conciencia futura, la nueva conciencia que emerge al comienzo de la transformación del individuo puede decirse que es la semilla de la futura “ fase iluminativa” del camino –pues constituye una conciencia insular que aún no se ha integrado al mundo emocional o al de la acción. Podríamos decir que la conversión o metanoia y la iluminación difieren como el nacimiento de un embrión difiere del nacimiento propiamente tal, o como el de una semilla difiere del árbol crecido que aún no ha dado su fruto. Análogamente, las religiones que comenzaron en el período axial de la historia pueden ser concebidas como organismos socio-culturales de naturaleza seminal, y la semilla de la iglesia cristiana parece no habernos dado hasta ahora un mundo acorde con sus ideales y preceptos. Pues el estado de nuestra conciencia colectiva, aún en nuestro tiempo apocalíptico, es uno en que la idea de una sociedad regida por la sabiduría y el amor continúa siendo un sueño, y un sueño que tal vez la mayoría de los intelectuales considera incompatible con la “naturaleza humana”.

Como en la crisis de la mitad del camino en la que el individuo atraviesa una transformación sólo parcial –que compromete más a su mente que a su corazón o cuerpo– tras la catástrofe de la mítica “edad de hierro” surgió una sub-cultura espiritualmente superior que sólo por mantenerse ajena al sistema socio-cultural y político o por saber adaptarse a él fue a su vez tolerada –e incluso altamente respetada. Con la perspectiva de los siglos, sin embargo, se nos hace transparente el precio de la concesión que hicieron las viejas religiones para ser dejadas en paz. En el caso del cristianismo se resume tal concesión en el célebre dicho de “dad al César lo que es del César”.

A la fase de entrada al camino y a ese período de aspiración y esfuerzo designado en el cristianismo como la “vía purgativa”, sigue en el desarrollo individual la nueva transición cualitativa que se conoce como “vía iluminativa”. Es entonces cuando comienza propiamente la vida espiritual para la persona, que ya no es sólo un buscador, sino alguien cuya mente se ha abierto a la experiencia contemplativa. Como la pubertad, la entrada a la madurez y la entrada al camino, se trata de un pasaje a un nuevo nivel de existencia del que se puede hablar en términos de un nuevo nacimiento. Es también esta transición el punto de entrada a esa fase del desarrollo en que el individuo es sobrecogido por un impulso evolutivo espontáneo e irreversible.

Algo semejante puede decirse de lo que ha sido en la historia de la civilización el Renacimiento Europeo. Así como florece la vida del individuo en la experiencia iluminativa, se puede decir que floreció nuestra civilización en el Renacimiento, que constituyó su verdadero nacimiento –pues sólo entonces surgió efectivamente la síntesis entre los legados greco-romano y judeo-cristiano. Más que nada, sin embargo, el Renacimiento fue el comienzo de una liberación a través de la cual empieza a superarse un milenario autoritarismo secular y eclesiástico. Y a esta liberación ha seguido una aceleración considerable del ritmo de la evolución social, en oleadas sucesivas.

Al comienzo se caracterizó el Renacimiento por la afirmación de la libertad individual, que se expresó principalmente en la reafirmación de los valores de la cultura greco-romana, eclipsada por siglos de cristianismo medieval; luego, se hizo más explícito el

cuestionamiento de la autoridad eclesiástica y ello llevó tanto al correspondiente reforzamiento del poder de la nobleza como a la investigación del mundo a través de la observación y la razón, ahora relativamente liberada del pensamiento dogmático.

Siguieron las revoluciones sociales, tanto en Francia como en las colonias europeas en las Américas, en esa época que llamamos “el siglo de las luces” –que no sólo fue el del triunfo de la razón en Kant y en Voltaire, sino aquel en que Beethoven y Rousseau abogaron por la liberación del corazón, originando el movimiento romántico.

Y una vez más una ola revolucionaria caracterizó el siglo siguiente, cuando los aportes del conocimiento científico se habían complicado con los problemas económicos y humanos del industrialismo. Se puede caracterizar a los revolucionarios de este tiempo como defensores implícitos de la instintividad, y la influencia de Nietzsche, con su ataque a la civilización cristiana en nombre de la vida y del espíritu dionisiaco, fue mucho más allá de la que usualmente se registra en la historia de la cultura cuando se le proclama originador de la filosofía existencial. Su desenmascaramiento de la hipocresía inconsciente de sus contemporáneos no había tenido precedentes, y se comprende que Freud dijese que Nietzsche había sido el hombre que mejor se había conocido a sí mismo. Fue de él principalmente que Freud heredó su propia visión de “las vicisitudes de los instintos” bajo el imperio del moralismo, y por más que no llegara en su propuesta teórica a la condenación de la civilización (prefiriendo, ante la clara visión de su incompatibilidad con la vida instintiva, condenar a esta última) su trabajo práctico fue el de un liberador de la sexualidad.

Y lo que Freud hizo por el sexo, lo hizo Marx por el hambre –es decir por las necesidades asociadas al instinto de conservación.

Sospecho que, como en una estructura fractal, el proceso histórico total –observable a través de los milenios– se refleja en la estructura de cada una de las civilizaciones de manera análoga a cómo en ciertas cotas la estructura que muestra un mapa detallado es semejante a la que puede verse en uno a mayor escala. Si consideramos específicamente la estructura de la civilización occidental, al menos, la analogía es clara. Si identificamos el tiempo de su nacimiento con el de Jesucristo, el Renacimiento se nos aparece como una pubertad, el siglo de las luces como su mayoría de edad y la época de Marx y Freud –que constituyó un cambio de rumbo ante la conciencia de la explotación (social) y la represión (psíquica)– como el equivalente colectivo de la crisis de mitad del camino.

Según tal análisis “microscópico” de nuestro ciclo histórico específico, la última ola de liberación –que se correspondería con la fase iluminativa del desarrollo individual– ha sido la de ese breve pero poderoso renacimiento planetario de los años sesenta; movimiento de carácter a la vez neofreudiano (por su fuerte componente terapéutica) y neo-marxista (por su espíritu libertario) al que se ha aludido a través de expresiones tales como “la nueva era” y “la revolución de la conciencia”. En esta perspectiva más abarcadora (amplia) que propongo, sin embargo, la revolución cultural de la “nueva era” se nos aparece sólo como una última etapa –de alcance planetario– en un proceso iluminativo y liberador de transformación social que tuvo su comienzo en Florencia durante el Siglo XIV.

De una u otra manera, sigue a la fase iluminativa del desarrollo la “noche oscura del alma”, y si es válido el isomorfismo que vengo proponiendo entre lo individual y lo social, nos cabe esperar un oscurecimiento colectivo de la conciencia. Tanto la interpretación del Renacimiento como la fase iluminativa de la historia, como la del

movimiento cultural de los sesenta como la fase iluminativa de la civilización cristiana occidental, nos dicen que estamos al borde del equivalente histórico de esa etapa de “noche” o “contracción”. Y, en efecto: pese al progreso técnico pareciera que se hubiera detenido hace unos dos decenios el proceso de liberación iniciado en el Renacimiento.

Pero antes de proceder a una consideración de la “noche oscura del alma” como paradigma de nuestros tiempos críticos, conviene que nos detengamos en un examen más detenido de la ola cultural de los 60, así como en lo que la experiencia del desarrollo individual nos dice respecto a la transición entre la expansión (iluminativa) de la conciencia y la contracción que le sigue.

Comienzo por la así llamada “nueva era”, que en su momento fue sentida por muchos como la antesala de un mundo feliz y que hoy aparece ante la conciencia popular como una moda bohemia transitoria y superada. Fue esta la época de la cual escribió Marilyn Ferguson en su popular libro sobre “La Conspiración de Acuario”, y tanto la alusión a la Era de Acuario (que según los astrólogos sigue a la de Piscis durante los siguientes dos mil y pico años) como la expresión “Nueva Era” han evocado una manera de ver y sentir las cosas estrechamente ligada a una nueva cultura terapéutica y espiritual que se manifestó con una efervescencia creativa notable en el surgimiento de numerosas escuelas y líderes carismáticos, a veces con características que justificaron el que Jacob Needleman –en su libro clásico sobre aquel tiempo– hablase de nuevas religiones³.

Pero este movimiento terapéutico y espiritual tuvo lugar en un contexto más amplio, pues coincidió –en tiempos de la guerra en Vietnam– con el despertar del pacifismo, de diversos movimientos de justicia social, del feminismo y del ecologismo. Y principalmente definió a este período de nuestra historia cultural lo que el historiador Theodor Rozak, escribiendo a fines de la década del 60, describió como el nacimiento de una “contracultura”: una sub-población minoritaria pero notable de individuos animados por la conciencia de que el “sistema” en que vivimos (el sistema de lo establecido al que por aquel tiempo se empezó a llamar el “Establishment”) no merece nuestra confianza ni nuestro respeto.

La conciencia de que “el mundo está loco” se ha generalizado lo suficiente hoy en día como para que olvidemos que se trata de algo bastante reciente. Si bien estuviese claro para los más esclarecidos en las tradiciones espirituales antiguas que el mundo vive “en el pecado” o en una especie de carrusel de sueños, la idea de una caída o degradación de la conciencia colectiva desde una condición de mayor plenitud espiritual fue cayendo en el olvido y terminó por ser reemplazada –después de Darwin y el industrialismo– por la creencia en un continuo progreso. Es a Freud a quien debemos la noción de la universalidad de la neurosis, y fueron seguramente los post-freudianos –como Fromm y sus colegas de la escuela de Frankfurt, así como R.D. Laing y el gremio de los psicólogos humanistas– quienes llegaron a comprenderlo más cabalmente. Pero en la década de los sesenta, la intuición de que “el mundo está al revés” se popularizó, y se encarnó principalmente en personas, generalmente jóvenes, que, explícita o implícitamente desilusionadas del mundo convencional, de sus valores y de sus tradiciones, emprendieron una búsqueda en pos de una conciencia y una vida nueva. Se llamaron a sí mismos “hippies”, pero esencialmente fueron jóvenes que, insatisfechos con los caminos conocidos, se dispusieron a dejar atrás lo familiar para experimentar libremente con lo desconocido.

³ Needleman, Jacob: The New Religions. Double Day. Enero 1970. ASIN# 0385034490

Hoy en día la palabra “hippy” ha venido a asociarse a drogadicción y a una marginalidad problemática, pues la contra-revolución burguesa que siguió a la “nueva era” ha conspirado con éxito en su denigración. Así parece haberlo comprendido proféticamente Sasaki Roshi –maestro Zen al que escuché dar una conferencia en la Universidad de California en 1965. Con implícito humor y cierta provocación, anunció que hablaría del espíritu del budismo, y procedió a explicar que éste coincidía con el espíritu hippy. Buda mismo había sido un Hippy, paso a explicar Sasaki, cuando dejó la casa de sus padres y las comodidades de su palacio para emprender la búsqueda de la verdad.

Pero hoy en día la búsqueda de significado que animó a esa generación, ha sido escarnecida y hasta criminalizada por el espíritu policial de un sistema que no ha perdido oportunidad de atacar a los peligrosos rebeldes, apuntando a su entusiasmo psicodélico. Invocando la defensa de la salud pública y la simpatía de los familiares preocupados, el Establishment llevó la criminalización de las drogas a un encarnizamiento sólo comparable a lo que hasta entonces había sido la guerra contra el supuesto peligro del comunismo. A través de tal persecución no sólo ha llenado las cárceles y acallado a las juventudes problemáticas, sino que, sutilmente, ha aplastado el sentir de la cultura emergente bajo la lápida de la respetabilísima y represora “derecha cristiana”.

Así como para el individuo la fase iluminativa del desarrollo de la conciencia es sólo una especie de “luna de miel” espiritual durante la cual el ego sólo aparentemente ha desaparecido sin haber sido verdaderamente superado, así también nuestra primavera “Nueva Era” tuvo cierto carácter de salto hacia las estrellas, y si bien éste llevó a que algunos la sintieran como una prefiguración profética de un futuro posible, no cabe duda de que aquellos que se creían a las puertas del reino de Dios fueron soñadores un tanto optimistas. Y es así como nuestra condición colectiva actual puede compararse a la de Perceval quien, después de haber perdido de vista, sin saber cómo, el castillo del misterio, debe ahora afrontar difíciles pruebas antes de que pueda recuperarlo. Y pasada nuestra luna de miel colectiva nos descubrimos en una crisis tan profunda como para preguntarnos si la aparente liberación no fue más que un sueño o si lo engendrado entonces no terminará en un aborto.

Es claramente aparente que la ola cultural de nuestro tiempo tuvo una fase expansiva que comienza a fines de los 50 y una fase de contracción contra revolucionaria que comienza a dominar desde los 80, pero debemos tener presente que, tanto en lo individual como en lo colectivo, los altibajos aparentes encubren una realidad más compleja: cuando nos parece estar progresando estamos simultáneamente cayendo, y cuando lo más llamativo es la decadencia, seguramente puede discernirse en su seno un nuevo desarrollo. Y es así como desde el Renacimiento no sólo ha estado teniendo lugar una progresiva liberación, sino, simultáneamente, una corrupción y una desespiritualización. Puede entenderse la aparente contradicción si se tiene presente que a cada paso en nuestro desarrollo (tanto interior como social) se desarrolla también en nosotros una patología que pudiera decirse parasitaria: un ego personal o colectivo (del que cada uno es portador) que se nutre de nuestras energías en el afán de realizar una especie de sueño que no coincide con nuestras necesidades o potencialidades. Y de la misma manera como en la “Noche Oscura” individual el peregrino descubre que todo su progreso ha sido como nada –en tanto que no ha encarnado su supuesta realización espiritual en su vida física ni en su realidad interpersonal concreta– así también, me parece, en nuestra noche colectiva descubrimos que continuamos siendo prisioneros de nuestro patrón patriarcal milenarista, que se ha

hecho más poderoso que nunca con el progreso tecnológico y con el afianzamiento del orden establecido a través del imperio del poder económico.

Y, sin embargo, ya que sólo a través de la trascendencia de ese “hombre viejo” colectivo puede nuestro progreso ponerse al servicio de una verdadera evolución, no podemos desestimar la oportunidad que significa nuestra crisis.

Me parece que al proceso de transición colectiva de los 60 a los 80 le es de aplicación lo mismo que sabemos de la transición individual desde el “periodo iluminativo” a la “noche oscura del alma”. Después de la irrupción de la conciencia espiritual, sobreviene en el individuo un proceso de inflación entusiasta –esa hybris de los antiguos a la que a veces he aludido como un “síndrome del aprendiz de brujo”, en que las realizaciones del espíritu pasan al servicio del ego– y ello contribuye a que, confundiendo lo egoico con lo visionario, tenga lugar luego una invalidación y represión de la conciencia nueva.

Cuando tras su acceso de arrogancia espiritual, el individuo se da cuenta de que ha puesto la gracia recibida al servicio de su narcisismo, su ansia de poder o su conveniencia personal, se ve en una condición semejante a la de Edipo Rey cuando, horrorizado ante sus excesos, se saca los ojos y se autocondena al exilio. Y de la misma manera que el aprendiz en la vida espiritual cuando comienza a madurar, tras la toma de conciencia de sus excesos arrogantes los repudia comenzando así su “viaje nocturno”, así la inspiración de una subcultura de jóvenes buscadores fue tornándose en un mercado de charlatanería y en un “nuevo narcisismo”, y luego la profusión del oro falso ayudó a que el mundo desconociese el oro verdadero. Llegó así el momento en que la nueva era (ya en 1976) quemó en efigie a su hippy (en el Golden Gate Park de San Francisco), comprendiendo tanto la degeneración de su ideal como su derrota ante el poder del orden establecido. En la música, que tan fielmente refleja el espíritu de los tiempos, el rock tierno de los Beatles dio paso al heavy metal, y el espíritu de los “flower children” fue reemplazado por el de los punks. La conciencia de las juventudes pasó de la esperanza al cinismo, y el niño interior de cada uno, que empezaba a intuir su divinidad intrínseca, se volvió a convertir en el malvado de siempre.

Y es así como la contracultura –particularmente en el ambiente estudiantil californiano–, después de haber inspirado el movimiento de las libertades cívicas, el pacifismo, el feminismo, la ecología, y los alternativismos espiritual y terapéuticos, pareció desvanecerse de tal manera que en nuestros tiempos conservadores no sólo se desvaloriza a Marx y se ridiculiza al espíritu de la contracultura, sino que nos parece contrario a la moda de la modernidad y a sus cánones del buen gusto aludir al imperio capitalista global que está destruyendo la vida en la tierra en nombre de la democracia y el progreso. A su servicio están los medios de comunicación, y bajo su influencia creciente están gobiernos y universidades, todo lo cual permite que el totalitarismo, como el lobo de la fábula, haya podido, efectivamente, disfrazarse de oveja democrática. Hasta la filosofía, que ha pretendido constituir la ciencia de la verdad, contribuye a la confusión a través de la formulación postmoderna. En el mundo del relativismo que se propugna hoy, todo es “deconstruible” y a la vez se afirma que todas las culturas (¡comenzando por la propia!) son dignas de nuestro respeto. Pero el mundo funciona como si lo único que pudiera moverlo fuese el dinero. Y la única ideología sancionada por la autoridad política en el mundo contemporáneo es la que afirma el derecho de las empresas a comprar y vender en la libertad de los mercados –lo que se traduce en el derecho a la invasión mundial de las

culturas tradicionales por el imperio capitalista global y en la prioridad de las consideraciones económicas.

Ya desde los ochenta, el espíritu de la cultura pasó de la bohemia a la burguesía, de lo romántico a lo racional y práctico, de lo anti-autoritario al autoritarismo, de lo anti-conventional al “nuevo conservadurismo”, de lo libertario a lo policial y de la orientación espiritual de la “nueva era” al apogeo de esa “derecha cristiana” que se nos hace eco contemporáneo de la actitud de Hernán Cortés y otros conquistadores cristianos, en los que la pretensión de superioridad religiosa y el moralismo represor sirven a los negocios y a la codicia.

Mientras que durante los años sesenta se sentía en California el clima primaveral de una cultura naciente, durante las últimas décadas el clima se ha tornado otoñal, y lo que más llama la atención son los signos de una cultura moribunda. Así lo anuncia el título del voluminoso libro del historiador francés Barzun *From Dawn to Decadence*, que trata de los quinientos años transcurridos desde el Renacimiento, así como el volumen más reciente de Morris Berman a propósito de Los EEUU: *The Twilight of American Culture*. Pero así como “la navegación nocturna” en la evolución del individuo es en el mejor de los casos sólo el prelude a esa etapa que en la teología mística cristiana se ha conocido como la “via unitiva”, puede esperarse que nuestros tiempos difíciles entrañen el potencial de nuestra realización plena como especie. Así lo han presentado muchos, seguramente, y específicamente trató de ello alguien durante los 70 en un libro titulado *The Promise of the Coming Dark Age* en el que desarrolla la analogía de nuestro tiempo con el de las postrimerías del imperio romano. La contracultura de los buscadores pareciera haberse esfumado ante la implícita “matanza de los inocentes” que tiene lugar en los tiempos de apogeo del nuevo capitalismo neoliberal⁴, y aunque sin que haya llamado la atención del público millares de hippies han venido a parar a las cárceles, también puede decirse que el espíritu bohemio y libertario de la “revolución de la conciencia” ha ido penetrando en el sistema y que mantiene su vitalidad en sus intersticios.

Theodor Rozak, historiador al que debemos la temprana crónica de la contracultura, ha publicado recientemente un libro titulado *The Wising of America* (El despertar de América) en que observa que en EEUU la explosión demográfica de la así llamada Baby Boom Generation se ha combinado hoy en día con el aumento de la expectativa de vida consecuente al progreso de la medicina, y que el resultado de ambas cosas está resultando hoy en día en una población nunca antes vista de jubilados sabios: gente de más madurez

⁴ 3. Explica en su introducción al libro de Chomsky titulado *El lucro por encima de las personas* que “el neoliberalismo es el paradigma político económico definitorio de nuestro tiempo. Se refiere a políticas públicas y procesos a través de los cuales se le permite a unos pocos intereses privados controlar todo lo posible la vida de la sociedad con el objeto de maximizar su lucro. Asociado originalmente con Reagan y Thatcher, el neoliberalismo durante las dos décadas recientes ha sido la tendencia político-económica global dominante adoptada por los partidos políticos del centro y por muchos de la izquierda tradicional a la vez que los de la derecha. Estos partidos y las políticas que implementan representan los intereses inmediatos de inversores sumamente ricos y menos de mil corporaciones gigantes.

Excepto entre algunos académicos y hombres de negocios, el término neoliberalismo es poco conocido por el público, especialmente en los Estados Unidos. Allí, por el contrario, se alude a las iniciativas neoliberales como políticas de libre mercado que estimulan el libre arbitrio de la empresa privada y de los consumidores, que premian la responsabilidad personal y la iniciativa empresarial y que militan contra la interferencia de un gobierno incompetente y burocrático... Una generación de esfuerzos de relaciones públicas financiadas por las corporaciones le ha dado a estos términos e ideas un halo casi sagrado.”

emocional que en otras generaciones en quienes no sólo sobrevive el espíritu abierto de la “nueva era” sino que se encarna el fruto de una larga maduración.

El análisis que hace Rozak de los hechos objetivos coincide con mi convicción de que el antídoto de nuestra presente época de tecnocracia mercantil desatada se halla en el espíritu de nuestra breve época de búsqueda. Y coincide con la visión que propuse unos quince años atrás (en La Agonía del Patriarcado) de los “nuevos chamanes” como una levadura vital para nuestro futuro. Pues si el aspecto obsoleto de nuestro tiempo crítico es la estructura patriarcal de la sociedad, sus aspectos subdesarrollados son el amor y la libertad –factores comunes de lo terapéutico y de lo genuinamente espiritual a la vez que ideales notorios de esos jóvenes soñadores que hoy recordamos con cierto cultivado desprecio.

Termino con una cita del último capítulo del libro arriba mencionado (“Un nuevo chamanismo para problemas milenarios”):

“Así pues, cuando hablo de un nuevo chamanismo, no hablo de lo mismo que quienes lo creen indisolublemente conectado con tambores, plumas y animales totémicos. El chamanismo que se está extendiendo entre nosotros ciertamente se conecta con tales influencias por resonancia natural con ellas (en forma de receptividad), pero no debemos desconocer que antes de ellas emergió ya como chamanismo autóctono, y que sólo a causa de un vínculo de simpatía entre el chamanismo emergente y el antiguo nos interesamos en él.

Para terminar, creo que, especialmente en nuestro tiempo –cuando tantos aprendices de brujo atraviesan lo que he llamado el “síndrome de la inflación postiluminativa” o la profunda regresión que implica la fase de descenso a los infiernos en el viaje chamánico–, tiene sentido llamar la atención sobre el hecho de que, por mucha maduración que le falte a la actual generación de nuevos chamanes, a ellos, como pioneros del desarrollo individual, les va a corresponder seguramente con el correr del tiempo jugar un papel muy importante en el proceso de transformación colectiva en el que estamos inmersos. En otras palabras: en esta población de buscadores, un tanto marginales y en su mayoría a medio camino aún, yace un recurso humano de primera magnitud y significado especialísimo para esta época de crisis; pues ciertamente la clave de salida de ella no ha de venir de las viejas instituciones, sino de un nuevo fermento.

Me siento movido a hacer uso aquí de una metáfora conocida ya desde hace mucho tiempo en relación con la transformación individual: la de la mariposa. Sólo que al proponerla ahora como un símbolo de transformación colectiva, habría de ser una macromariposa, cada una de cuyas células sería fruto de un florecimiento “en mariposa” de un individuo que (a través de un periodo de peregrinaje e incubación) hubiera dejado atrás en su psiquismo el estado larval original.

Le escuché una vez decir a Willis Harman que la metamorfosis de la mariposa implica, durante su incubación en la crisálida, al mismo tiempo que una desintegración de las estructuras celulares antiguas, un emerger de una nueva estructura central formada de células que, –por el hecho de controlar la

formación del organismo futuro, como si contuvieran su código de antemano– reciben el nombre de “imaginables”.

Así como las células imaginables de la mariposa preceden la transformación del cuerpo larval en un cuerpo adulto alado, así también cabe concebir a los actuales pioneros de la transformación individual como células imaginables del futuro organismo colectivo, de la nueva humanidad emergente.

Si nuestra crisis nos encamina hacia un futuro “día del juicio”, seguramente llegaremos a comprender que no se puede servir al mismo tiempo al dios del amor y al dios del dinero; pero es de esperar que la sola inminencia de la fatalidad nos permita detener a tiempo nuestra caída hacia el abismo, y espero que la propuesta de “la noche del alma” como paradigma de nuestros tiempos críticos resulte esperanzadora en el mismo sentido que fue esperanzador para los aspirantes de hace algunos siglos leer La noche oscura del alma de San Juan del la Cruz. Nos decía éste que el alma en esta fase de su peregrinaje ya no necesita azotarse como durante la fase de purificación que precedió a su período luminoso, pues es ahora Dios mismo quien la azota y sólo le cabe mantener la fe.

Los Sufíes, que han descrito muy bien cómo una fase de expansión de la conciencia es seguida por otra de contracción, dicen que esta última no es una bendición menor que la primera. Quiere con ello decirse que, a pesar del obscurecimiento de la conciencia espiritual que esta contracción entraña, la experiencia de sentirse distante de lo divino y de anhelar la “vuelta a casa” es de inmenso valor. Pudiera decirse que necesitamos atravesar por un empobrecimiento para completar nuestro desarrollo –de manera análoga a como un bebé necesita interrumpir la lactancia para interesarse en los alimentos que corresponden a su mayor madurez.

En su alegoría del viaje interior el místico persa Attar describe siete valles que el individuo debe atravesar antes de encontrar la plenitud, y entre éstos los primeros corresponden a fases de la etapa iluminativa: los valles de la búsqueda, del amor, del conocimiento, y del desapego. A medida que progresa el camino, sin embargo, éste se hace más doloroso y menos entusiasmante, y los viajeros deben por último atravesar el valle de la pobreza y de la nada antes de encontrarse con su legendario